



Desde mi castillo roqueño

Por Jaime Viñallonga

La mayor de mis satisfacciones periodísticas coincide quizás, en mi alma viajera, haber encontrado desahogo. Lo debo, sin duda, a mis amigos, los jovencísimos olímpicos, que como padrazo acompañé en su viaje a Mallorca. Entonces en su boletín escribí las crónicas para mi más queridas. Releerlas es una delicia que debo a ellos, al solícitarme mi colaboración para este extraordinario que editan a lo grande. Me dicen será el último y no lo creo. El boletín fue la cadena que unió a la Agrupación Olímpica, que naciera al amparo del Centro Católico, en unos momentos difíciles, en que la mayor parte de las naves juveniles, naufragaban entre los mareantes vaivenes de una sociedad, enfrentada con los vitales problemas de cambiar su manera de ser. La hora era de los jóvenes había sonado y su inexperiencia era solapadamente explotada, al mandar, por quienes habían llevado las riendas de la administración y la política durante decenios con plena ineficacia. Por ello, fruto de los tiempos duros, en los que los chicos no sabían donde encontrar su camino, pues sólo se les ofrecía el del heroísmo o el de una piedad profunda, nacía en el Centro Católico una Agrupación espontánea, que pre-

tendía unir elementos dispersos en el ideal de la amistad sobre todas las cosas. He sido testigo de su vida y por ello, a pesar de haberseme pedido ésta como última colaboración, renuncio aceptar que va a fenecer.

Mi escrito pues, resultará contraproducente. Porque en momento de desfallecimiento querrá ser una sonrisa de ánimo, como aquellas que mareados sobre el barco que nos trajo de Mallorca, nos dábamos. Y nos prometíamos no volver a subir a otro barco en los días de nuestra vida al llegar. Es preferible amigos que recordemos, de entre todas vuestras hazañas, las deportivas, culturales, actos de piedad, excursiones, actos sociales, una sola, la maravillosa llegada a Mallorca, la mar en calma, la belleza de un amanecer claro y de impresionante colorido, el revolotear pacífico de las aves.

Recordaréis que mientras vosotros andabais por Mallorca viendo sus maravillas y descubriendo sus misterios, yo me refugiaba en el Castillo de Bellver para meditar. He estado estos años en mi castillo roqueño, pero he pensado en vosotros y en que vuestra hermandad puede contribuir a un Granollers mejor, cuando dejéis de ser totalmente jóvenes olímpicos y paséis a ser olímpicamente ciudadanos y padres de familia, que ya muchos sois, y os intereséis por los problemas. Lo sé, seréis útiles porque sois necesarios.